

(A)

27 - 8 - 62

Cité Club Universitaire
Emissions en Langue Espagnole
Radiodiffusion et Télévision Française
108, Av. Des Champs-Elysées
PARIS

Muy Sres. míos:

Respondiendo a su pregunta "¿Qué piensa Vd. como español del Mercado Común?" formulada en uno de sus programas, tengo el gusto de adjuntarle mi opinión sobre el mismo.

Muy atentamente les saluda

[Redacted signature area]

1/

¿QUE PIENSA VD. COMO ESPAÑOL DEL MERCADO COMUN?

Soy decididamente partidario del Mercado Común porque en estos momentos constituye el motor de propulsión de la integración europea. Los pueblos de nuestro continente no hablarían de la unidad europea ni los isleños británicos pensarían en saltar la Mancha si no fuera por la existencia del Mercado Común. El Mercado Común lleva en sí un germen arrollador que obliga a rectificar actitudes y tomar nuevos puntos de vista. Hasta un De Gaulle, hombre que hace unos años demostró sus escasas simpatías por la causa europea, no ha tenido más remedio que convertirse al Mercado Común, porque si no se convertía tenía que empezar por dejar de gobernar Francia. El Mercado Común marca hoy la pauta, lleva la iniciativa. Tal vez la única iniciativa de Occidente que hasta ahora desconcierta y produce molestias en los soviets. Ante esta iniciativa, ~~forzas~~ lo demás se mueve a remolque. Por primera vez en muchos años, los "neutralistas-por-comodidad" - me refiero a los suizos - ven amenazado su astuto tinglado por algo que no tiene nada que ver con una conflagración bélica.

Es cierto que el Tratado de Roma dista mucho de ser perfecto. No obstante, creo que hay que prescindir tanto de aquellas críticas que lo rechazan por considerarlo una nueva arma que el capitalismo se ha sacado de debajo de la manga, como la de aquellas otras que dicen que precipitará la más burda socialización o "comunización" de Europa.

Ahora bien, lo que no podemos perder de vista es que lo importante no es el Mercado Común, sino la integración europea a la que abre paso. De ahí, que si soy partidario del Tratado de Roma es, porque si no se hubiera firmado, todavía estaríamos mucho más lejos en el camino de la integración. El Mercado Común no es sino un medio, un instrumento real y efectivo para ir alcanzándola. Pero en ningún modo es la meta; el fin último de la integración.

No me disgusta que el Gobierno francés se muestre duro en las negociaciones con la Gran Bretaña, porque, sin duda, es preciso exigir de Inglaterra la aceptación - y no el desbaratamiento - de los principios de integración europea; pero no se me oculta que esta dureza puede ser consecuencia de un peligroso punto de partida: el querer hacer del Mercado Común un simple club, y considerarlo como meta final de la integración.

Si soy partidario de la integración europea no es porque desee la creación de una Europa "über alles", ni la recuperación de nuestro poderío perdido, ni la formación de un poderoso bloq que para hacer frente al "enemigo

2

exterior". Sino porque me doy perfecta cuenta de que los marcos que nos ofrecen nuestros pequeños Estados-Naciones de 40 o 50 millones de habitantes para desarrollar nuestras existencias son totalmente inadecuados para satisfacer las infinitas posibilidades que nos abre el progreso técnico-científico. La fórmula política de nuestros Estados-Naciones, que en un tiempo pudo justificarse al proporcionar un mayor bien común a sus súbditos, ha quedado hoy totalmente desbordada y nos encontramos con el hecho incontrovertible de que nuestros Estados-Naciones, a pesar de los fabulosos resortes de poder que llegan a manejar, son incapaces de resolver por sí mismos sus problemas económicos, industriales, militares, defensivos, de política exterior, etc.

Ante la nueva fisonomía que adquiere el mundo, con el advenimiento de ingentes masas y la correspondiente exigencia de grandes espacios vitales económicos, o del progreso científico con su correspondiente exigencia de la creación de vastos complejos industriales, se hace imprescindible hallar nuevas fórmulas políticas, crear una nueva comunidad de vida, que teniendo en cuenta toda esta evolución que experimenta el mundo, pueda ofrecer a todos en general y ^o cada individuo en particular las máximas posibilidades al desarrollo de su personalidad y de su vocación.

Esta nueva fórmula debe inspirarse en un espíritu federalista. No se trata, sin embargo, de copiar sin más una federación como la de los Estados Unidos de América. Sino que tenemos que reinventar nuestra propia federación, cuyo objetivo primordial debe ser la revigorización y fortalecimiento de nuestra baqueteada democracia y el hacerla apta para sobreponerse a todo totalitarismo. En esta época en que sólo cuentan las cifras y las estadísticas, únicamente bajo una fórmula federalista conseguiremos reconciliar estas dos grandes necesidades de todo individuo y sociedad: la exigencia de autonomía, libertad y self-government por una parte, junto con la precisión de una seguridad, de una organización, de una solidaridad y de una autoridad por otra parte.

Y precisamente por ~~el~~ hecho de que valoro extraordinariamente los valores democráticos, también pienso que si en las negociaciones con los ingleses los Seis se deben mostrar enérgicos por un lado, no deben tampoco olvidar que en Inglaterra la democracia funciona mucho mejor que en Alemania, Francia o Italia. Y que la inclusión de los ingleses en el concierto europeo reforzará las bases democráticas de ~~Europa~~ la nueva Europa. Porque en esta época de espacios y organizaciones de colosales dimensiones, la tarea fundamental de los europeos es la de conseguir que los derechos y libertades de la personalidad humana sean respetados más que nunca.

3

Como español, mi interés por el Mercado Común es extraordinario, pues puede representar no solamente la palanca que impulse la transformación económica de nuestro país - que junto con Portugal, Grecia y Turquía sufre del más bajo nivel de vida del conjunto de pueblos europeos no sometidos a régimen comunista - sino que puede servir de instrumento excepcional para la solución de nuestra endémica crisis política.

Porque nuestra gran desgracia es que no reina la convivencia política dentro de nuestro país. Vivimos - bajo la apariencia de una paz externa - en un clima de coexistencia. Es decir, "existimos" los unos a espaldas de los otros; pero no "vivimos" los unos "con" los otros. A nuestra guerra civil caliente ha seguido nuestra guerra civil fría.

Hace años - ya desde antes de la guerra civil - que vivimos desequilibradamente. Este desequilibrio se ha producido en un doble sentido: o bien porque nuestros gobiernos no han tenido autoridad para imponer sus decisiones y hacer respetar el derecho, o bien porque han sido gobiernos incontralados. Exactamente, atravesamos ahora por un período excesivamente largo en que el gobierno se está ejerciendo sin ningún control por parte de los gobernados. Ahora bien, sería pueril achacar a los gobernantes toda la culpa y absolver a los gobernados de toda falta. "Los pueblos suelen tener el gobierno que merecen" reza el adagio.

El Mercado Común puede coadyuvar a la solución armónica de nuestra convivencia política en un doble aspecto:

1) La paulatina auto-persuasión de que formamos parte de Europa y de que no podemos permanecer indefinidamente al margen de ella, irá poniendo en evidencia que para poder gozar de los beneficios económicos que reporta la integración, debemos empezar por practicar los principios de una sana y auténtica democracia. Es decir, que debemos empezar por respetar las opiniones ajenas, por tolerar que existan descontentos y descontentos que puedan expresarse, hacer posible que hayan cambios de gobierno sin derramamiento de sangre, no impidiendo que los gobiernos legítimamente elegidos puedan actuar. En una palabra, aprendiendo a transigir y practicando la virtud política del compromiso, reconociendo y aceptando la participación de todos en el quehacer político.

2) Vinculados a Europa, el virus extremista que nos ataca - tanto por la derecha como por la izquierda - se irá diluyendo poco a poco. Un virus puede ser mortal si lo sorbemos concentrado en una cucharita, pero disuelto en una gran tinaja de agua apenas notaremos su efecto aunque nos bebamos un vaso entero.

De ahí, que como español, el Mercado Común se me aparece como todo un símbolo de esperanza.